EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLV — DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA — NUM 13128

PRECIOS DE SUSCRIPCION
En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extrangero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24
MIERCOLES 16 DE AGOSTO DE 1905

CONDICIONES
El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras d fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Estadística

Durante el séptimo mes del año actual, ó sea Julio, la altura barométrica, media, en esta ciudad ha sido 763'8 mm.; la temperatura media 24°; la maxima temperatura, que se verificó el día 20, 28°8 y la minima, que tuvo lugar el día 15, 18°2.

Los vientos soplaron con frecuencia mayor del N. y SE. alcanzando una velocidad media de ciento sesenta kilómetros en las veinticuatro horas.

Por su fuerza mereció la calificacion de calma 10 días, de brisa 6, de viento fl y de viento fuerte 4.

El estado del cielo fué despejado 14 días; 14 nubosos, 1 cubierto y dos de lluvia inapreciable.

La mortalidad ocurrida en el mes de Julio, según el Boletín municipal sanitario que tenemos á la vista, fué de 196 individuos, cifra que con respecto al sexo se divide en 114 varones y 82 hembras, y con respecto al estado civil en 130 solteros, 22 viudos y 43 casados. La natalidad alcanzó la cifra de 263 nacimientos, divididos en 141 varones y 122 hembras, ó en 242 legítimos y 21 ilegítimos; estando representada la cifra de ilegitimidad por el 7'98 °/o de la cifra total de nacimientos.

Comparando esta cifra con la de defunciones, resulta que en el mes de Julio ha experimentado la población de Cartagena un aumento de 67 almas; aumento que afecta en 14 á la ciudad, en 53 al grupo de diputaciones rurales y en nada al de los barrios extramuros.

En las diputaciones de los Médicos y los Puertos no ha habido nacimiento alguno y en la Magdalena no ha habido defunciones.

El servicio de desinfección fué practicado en 38 domicilios, 27 dentro de la ciudad y barrios extramuros y 11 en las diputaciones del campo; 15 después de la curación del enfermo que las motivó y 23 después del fallecimiento de aquel.

Las dolencias causantes de la desinfeccion fueron:

Viruela.	2
Sarampión.	10
Difteria.	2
Fiebre tifoidea. . .	5
Tuberculosis. . . .	13
Septicemia.	3
Otras infecciones. .	3

El servicio de vacunación fué practicado en 289 individuos, de los cuales eran niños 274 y adultos 15. De las vacunaciones practicadas á los primeros no se obtuvo resultado alguno en 13 casos y de las revacunaciones practicadas á los segundos no se obtuvo resultado en 3.

Los médicos titulares han facilitado á los enfermos pobres 4190 recetas, no estando comprendidas en ellas 12 ampollas de suero antidiftérico facilitadas también gratuitamente por el municipio.

En el laboratorio municipal se han practicado 41 análisis de distintas sustancias, resultando 16 buenas, 13 aceptables, 11 malas no nocivas y 1 mala. Esta última era una muestra de agua.

La policía de subsistencias decomisó 35 litros de leche aguada, 95 kilos de salazones, 112 de despojos de reses, 6 de carne, 92 de pescado, 14 de queso y 3 de huesos salados.

En el matadero público fueron sacrificadas 30 vacas, 223 novillos y 2790 ovejas, con peso total de 61.777 kilogramos, y fueron desechadas por el inspector de este servicio, señor Mercader, 1 vaca y 93 reses lanares por enflaquecimiento, una de estas últimas por enfermedad común y otra por padecer tisis pulmonar.

En el matadero especial de aves se sacrificaron 464 pavos, 1087 gallinas, 51 pollos y 49 conejos; habiendo sido desechadas 12 gallinas por enflaquecimiento, 1 por difteria y un pavo por padecer disenteria.

CANTARES

I

A los ángeles del cielo
dijo llorando otro ángel:
—¡Qué triste se está en la gloria
sin el calor de una madre!

II

Para ver si estabas dentro
yo me asomé á tus persianas
y lo que ví en un segundo
en un siglo no lo pagas.

III

Al morir legan los padres
el libro de sus recuerdos
y en ese libro se aprende
á ser honrado y ser bueno.

IV

Han de venir el Obispo
y el señor Gobernador,
y han de pedir que te mire
y he de decirles que no.

V

Cuando se muere una madre
las flores le dan perfumes
y sus lágrimas los ángeles.

Narciso Díaz de Escovar.

GRANDIOSO ESPECTÁCULO

DE LA

Naturaleza durante la totalidad de los eclipses solares

III

Ya varios nos habíamos fijado hace tiempo en la silueta lunar, que, cual opaca pantalla, en parte cubría y en parte rebasaba el esconce del Sol descantillado; hasta decían algunos haberla visto acercarse minutos antes de mellar y aun de tocar su limbo; pero su aspecto no era sino el de una mancha circular de igual matiz, aunque algo más denso y obscuro que lo demás del cielo, ni siquiera cerciorabа á los más de que aquello no fuese sino algún engaño de la imaginación.

Ahora, cercada de blanquísimo ampo, que netamente define en parte liso y en parte aserrado contorno, se destaca de un modo sorprendente, negrísima con negrura no comparable á ninguna otra de acá bajo, y, sin embargo, bien mirada, no es plasta de pez, ni menos, como ha dicho alguno, abertura redonda por la que se divisan del otro lado del cielo las tenebrosas profundidades del espacio vacío, sino, conforme á su realidad, bola saliente y obscura, aislada y como suspendida del lado de acá de aquel fondo vaporoso y radiante que por detrás de ella y en torno suyo se difunde.

Porque es así, que como si aquel último destello visible de la faz solar fuera chispazo que diera en no sé qué reguero de materia inflamable derramada por todo el derredor de ese globo sombrío, ó como si el mismo sol, en el instante de ocultarse tras de él, estallase de pronto, reducido á vapores sutiles entre radiosas exhalaciones de luz suave y apacibles, no de otra manera de entre el redondo perfil de aquel astro apagado vése partir de golpe una como explosión de luminoso efluvio, que, condensado por igual en reducido espacio anular, estalla de nuevo en otra filamentosa cenefa de mayor anchura, menor brillantez é irregulares contornos, interrumpido á trechos por caprichosas ráfagas de luz más intensa y atravesada por rectos y larguísimos haces de rayos hendidos y divergente, Tal es el aspecto general con que esta soberana aureola de gloria se viene desde luego á los ojos.

Pero contemplad fijamente cada uno de sus menudos y variadísimos pormenores, y os iréis quedando cada vez más suspensos y arrobados, como ante una aparición verdaderamente celestial. Inútil estorbo es ya para la vista el obscuro vidrio con que hasta ahora la habéis defendido; porque tan suave luz nada causa ni deslumbra. Por el lado en que desapareció el último brillante de la diadema solar, sucede á ésta en seguida otra *muy angosta*, de color violáceo rosado, á veces, como ahora, se oculta luego á su vez tras la negra silueta de la luna, y á veces se va extendiendo por su borde hasta rodearle del todo como de un filete rojizo más ó menos visible y tal ve inquieto y efervescente.

Síguele en derredor una corona más ancha y menos intensa, como de plata mate algo pálida ó nacarada, sobre cuya blancura uniforme y continua ciertas como prominencias desgarraduras aisladas, que parten de la cenefa anterior, semejan, por el contraste, rubíes encendidos ó toques de luminosa escarlata. Raros esmaltes, que, amplificados por el anteojo, no dejarían de parecer llamaradas de fuego ó peregrinos surtidores y nubes flotantes de materia gaseosa ó derretida.

Preciosa zona argentina, ¿verdad? Pero no distragáis en ella demasiado vuestra atención, pues la extensa aureola, que de sus bordes arranca, no dura ya más que breves instantes y es todavía mucho más bella y encantadora. Porque si el afiligranado fondo de la primera ya no tiene visos de masa ruiseñor ni reflexiva, sino de tersura y brillantez natural inherente á no sé qué fluido impalpable y etéreo, los variados destellos de la segunda ni siquiera son ya materia que luce, sino suaves efluvios de la misma luz, que se tamiza ó se filtra como por una gasa invisible; filamentos tenuísimos que se rizan y esfuman entre las sombras; penachos que se arremolinan ó extienden; haces que en derechura se escapan, ú oblicuamente se inclinan, y de varias maneras se encorvan, se entrecruzan y se retuercen.

¡Oh, y qué caprichos dibujan en su conjunto!

Verdad es que en cada escena y delante de unos mismos espectadores no es cosa lo que su forma se muda; pero, en cambio, de un espectáculo á otro su apariencia no se os dará dos veces igual. Ahora es, como veis, el radioso viril de una custodia; otros le han visto como empezado esboco de los pétalos de una dalia gigantesca; como piedra engastada en anillo que se cierra detrás en el infinito; como nudo elegante de sedosa madeja; como broche que mantiene tirantes dos largas y finísimas cintas, ó joya que las traba y sujeta cruzadas en primoroso lazo.

Y todo ello abismado también en ese medio fantástico, ni claro y obscuro, sino diáfano y luminoso á la vez, que se degrada y se pierde en la circunfusa lobreguez de los cielos.

¿Os dejará el embeleso pasar siquiera una rápida mirada por estos? ¿Perderéis, sobre todo, ni uno sólo de tan breves como deliciosos instantes en revisar curiosamente el espectáculo que entretanto os ofrece acá abajo la tierra? Bien puede ser que no; pero más fácil es que lejos de inspiraros indiferencia ó desdén, se os meta, aun sin querer, por los ojos todo este universal conjunto, no como distracción importuna, sino como dignísimo complemento de tan soberana magnificencia.

Porque no parece sí no que todo lo visible se ha convertido entonces en inmenso y augusto santuario donde la naturaleza

En vano forcejeaba el Guapo Francisco; le había llegado el turno de ser tratado como él había tratado tantas veces á los de la banda, víctimas de sus crueldades

—¡Ah! ¿eres tú, el valeroso Bautista, el gran orador Bautista?—dijo el Guapo Francisco, con insultante ironía.

¡Ya sabía yo que estarías en contra mía. Pues bien, ¡por todos los diablos del infierno! tú pagarás por los demás y servirás de escarmiento.

Y diciendo esto, apuntó á Bautista pálido y trémulo con una de sus pistolas, é hizo fuego.

Una mano desconocida, tal vez la de Rosa, apartó el brazo, y la bala, que hubiera podido herir á varias personas entre la multitud, fué á perderse en las vigas del techo.

El Guapo Francisco empuñó rápidamente la segunda pistola, pero ya no pudo hacer uso de ella. Arrojáronse sobre él por un esfuerzo común, y á pesar de su vigor extraordinario, á pesar de sus blasfemias y pataleos, se le puso en estado de no poder hacer daño.

En un abrir y cerrar de ojos fué derribado en tierra, echándole una manta sobre la cabeza, como si los actores de aquellas violencias hubieran temido todavía ser conocidos por él, y fué sujetado contra el suelo por manos vigorosas.

VII

Mientras el Guapo Francisco hacía una pausa fatigado por su misma vehemencia, pusiéronse á cuchichear los hombres de la banda, y enseguida Santiago de Pithiviers, que al parecer se había encargado de resumir las opiniones de sus camaradas, le dijo con su voz ruda: